

# JACQUES LACAN

Proposición del 9 de octubre de 1967  
acerca del psicoanalista de la Escuela

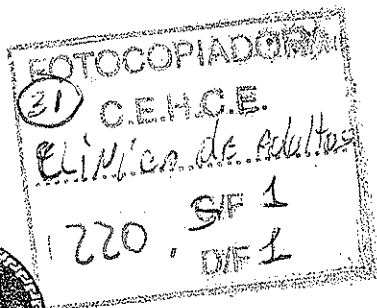
La equivocación del sujeto supuesto al saber

## MOMENTOS CRUCIALES DE LA EXPERIENCIA ANALITICA

S. Cottet, G. Clastres, I.G. de Barca,  
M. Fishman, C. Gallano, E. Laurent, C. Léger,  
F. Léguil, M. Méndez, J.-A. Miller, S. Nadel,  
F.B. Nemirovsky, D.S. Rabinovich, L. Silveyra,  
D. Silvestre, C. Soler, M. Strauss



Manantial



31-174

## TRANSFERENCIA Y ANGUSTIA

Colette Soler

En psicoanálisis el problema es: ¿Cómo, operando con el significante, operar sobre lo Real? En este caso, sobre lo Real del goce, del ser de goce. Cómo operar, ya que el significante siempre engaña; engaño estructural, producto de su carácter binario.

Ahora bien, la angustia ocupa un lugar privilegiado en este problema, pues ella es el afecto de la certidumbre. Certidumbre coordinada, sin embargo, con el significante o, más bien, con lo que se desliza en el significante, el deseo. Es decir que ella es punto de junción y, por eso, es una señal esencial.

¿Qué angustia en un psicoanálisis? El psicoanalista. El es el "punto de anclaje", según la expresión de Lacan, de la angustia. En efecto, debe observarse que los términos con que Lacan ubica la angustia, son los mismos que aquellos con los que define la función del analista: deseo del Otro, en primer lugar, y objeto *a*.

El psicoanalista angustia doblemente: por el acto y por la interpretación. Primero, angustia porque el acto en sí mismo ordena, lleva consigo un imperativo, presentifica una exigencia. Otros discursos conllevan otros mandamientos, por ejemplo, el de marcar el mismo paso que los demás; el discurso analítico ordena decir. Su imperativo es "¡diga!", pero no cualquier cosa, no lo que sea, como puede imaginarse a partir de la noción de "asociación libre"; ordena, dice Lacan, que la causa del deseo sea el agente del discurso. Esto implica un decir especial, cuyo vector es el "Che vuoi?", que no se obtiene con el solo automatismo de la asociación libre. Por eso Lacan habla de "trabajo". Hay que decir que una parte de la técnica consiste en ordenar, no desde el significante sino desde el objeto. Que el analista opere con éste en el encuadre (más o menos

tiempo, más o menos dinero, más o menos sesiones), o con el silencio, o con la interpretación en sentido propio, cualquiera sea el caso, el acto dice "no" a la habladería, a la palabra vana. Podemos evocar aquí la manera en que Freud acosa al hombre de las ratas. Experimentamos, además, que el analizante también lo registra así, pues responde a veces con angustia, por ejemplo, cuando inicia su cura, viviendo el psicoanálisis como una demanda de resultados, como un "tengo que llegar". La presencia misma del analista equivale entonces a un "no basta". Esta es la primer vertiente.

La segunda: es la de la interpretación. Ella misma, al ser verdadera, es anclaje de la angustia. La interpretación, no en tanto dice la significación o subraya los significantes amos, sino la interpretación que mediante el equívoco apunta a la latencia, en la metonimia de los dichos del analizante, de lo que Lacan llama "otra cosa".

El "no te lo hago decir", que Lacan da como el prototipo de la interpretación, no angustia menos que el "diga" del acto. Porque es equívoco, porque tiene doble sentido, y además porque deja indeterminado el *lo* de "... lo que se dice en lo que se escucha."<sup>1</sup>

En este sentido, la interpretación apunta, hace surgir la presencia de algo que el paciente no sabe y que, empero, dice metonímicamente. Esta *x* también es angustia como presentificación del deseo del Otro.

Entonces, la operación analítica, que no se reduce a la interpretación, va a buscar el punto de angustia del paciente, no puede evitar buscarlo, aunque su meta no es la angustia misma, sino el real, que es el referente común de la experiencia analítica y de la angustia. Por eso, si tuviéramos tiempo, podríamos ordenar las orientaciones diversas de los psicoanalistas según la manera de tratar la angustia, porque esa manera es sintomática de la finalidad que dan al psicoanálisis y de la apuesta que hacen en lo tocante al otro.

Pero prosigamos. En la cura tenemos que conocer la angustia bajo transferencia. Es decir que podemos ordenar los fenómenos de la angustia según los momentos de la transferencia y, en cada momento, según la estructura del analizante, es decir, según su posición respecto al fantasma.

<sup>1</sup> Jacques Lacan, "El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas", en *Escansión 1*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pág. 17.

Me dedicaré a tres puntos:

— Podemos comprobar que desde Freud, ningún analista define el final de análisis a partir de la angustia. Si la salida de la transferencia tiene un afecto, éste es más bien la depresión, ligada al duelo por el objeto (cualquiera sea la forma en que se defina a ese objeto). Lacan precisa al respecto una tonalidad maníaco-depresiva que integra la elación de Balint.

— Respecto a la entrada en análisis, diré que tampoco ella empieza por la angustia. Esto es menos evidente, y hasta puede parecer paradójico, pues sabemos que a veces la angustia puede motivar una demanda de análisis. Sin embargo, precisamente en esos casos es donde lo que digo se puede observar mejor. El psicoanálisis, si empieza, empieza con la transferencia, la cual, en tanto relación con el saber, tempera la angustia. El sujeto supuesto al saber en sí mismo no angustia. Lo vemos, una vez más, en el caso del hombre de las ratas. Podemos verificar esto en el fenómeno y podemos situarlo en la estructura.

En el fenómeno, vemos, por ejemplo, que la entrada en la transferencia sustituye a la certidumbre, y a la inminencia de la angustia se la sustituye con una temporalidad de espera, temporalidad que significa también un aplazamiento de la certidumbre. La asociación libre le permite al sujeto deslizarse en la cadena significante y olvidar a través de la alienación significante lo que no engaña. Este efecto apaciguador de la relación "epistémica" de la transferencia (según la expresión de Jacques-Alain Miller) se traduce, lo sabemos, en amor de transferencia. Amor que también encubre, oculta, el objeto angustiante que es el analista.

Podemos situar estructuralmente este fenómeno si pensamos en la precisión que hace Lacan en relación al algoritmo de la transferencia al señalar que la significación del saber ocupa el lugar del objeto latente aún. La angustia surge cuando el objeto se hace patente.

— Tercer punto. En el movimiento de la transferencia el analista tiene a su cargo, hay que decirlo, el angustiar al paciente. Me explico: la pendiente de la transferencia consiste en desarrollar una serie de significaciones, que se manifiestan cuando el paciente construye su historia, intentando establecer una continuidad temporal y explicativa. La intervención del analista apunta hacia esa otra cosa que se manifiesta en las rupturas del significante. En la medida en que esa

operación inclina la transferencia hacia la vertiente de la separación a la vez vuelve a traer momentos de angustia. Ella es "empuje-a-la-angustia". Intenta que la señal de angustia surja como respuesta pues ella indica el registro de la relación con el objeto del deseo del Otro; deseo que el fantasma, como escenario imaginario, encubre. La finalidad, evidentemente, no es la angustia; es, más bien, extraer de la angustia su certidumbre.

Daré ahora un pequeño ejemplo paradigmático, el de una persona que luego de cinco años de análisis pensaba que había llegado al final del mismo y que sus síntomas estaban resueltos. Sentía al mismo tiempo dolor y la impresión de que sus objetos le faltaban, a pesar de que estaban con ella. Solicitaba la aprobación para interrumpir el análisis y también la garantía de poder regresar en caso de necesidad. Ocurrió el siguiente fenómeno: durante las sesiones la angustia era mayor, decía correr peligro, y empezó a producir lo que llamaré frases interrumpidas. Sus frases comenzaban y se interrumpían con una voz desfalleciente. El prototipo sería: "Yo..."

Habría mucho que decir al respecto. Señalo que de este modo abría el intervalo significativo (impidiendo así la producción de la significación). Evidentemente, su efecto es tener al otro en vilo, de un modo típicamente histérico. Pero quiero subrayar que la angustia surge allí donde al mismo tiempo se manifiesta para el sujeto el puro clivaje, la pura discontinuidad, allí donde descubre el intervalo significativo, allí precisamente donde se alberga otra cosa. Debo añadir que las sesiones terminaban con una incursión en la nevera, acción que casi podemos considerar un *acting-out*, vale decir como una puesta en evidencia del objeto (en este caso del objeto de la pulsión).

Se plantea así una pregunta, ¿será posible analizar a alguien que el analista no puede angustiar?

Si el analista intenta que la angustia surja como respuesta, debemos tener en claro que el manejo de la transferencia para el analizante se orienta en dirección inversa: el analizante resiste con su fantasma.

Su fantasma está destinado a eso: a encubrir la angustia. Lacan lo señalaba en *Subversión del sujeto* y lo precisa en su reseña sobre el seminario de *La lógica del fantasma*, cuando se refiere al fantasma como lo real. Invierte en ese momento (1969) su evaluación del

neurótico, señalando que es un cobarde que mira "de lejito" su fantasma, pues "está ocupado en sustentar el deseo del Otro, manteniéndolo en ascuas".<sup>2</sup> El neurótico mantiene su relación con el deseo del Otro de modo tal que impide que se produzca el punto de angustia. En este sentido, no se termina un psicoanálisis sin modificar esa posición respecto al fantasma. O sea que cada estructura, más allá de lo peculiar de cada caso, responde de manera típica a la llamada de la otra cosa, otra cosa que el analista presentifica.

¿Qué hace el neurótico —obsesivo o histérico— en la transferencia?: acentúa precisamente la indeterminación del sujeto. Cada uno de ellos, por cierto, de modo muy diferente. El obsesivo trabajando en la búsqueda del significante imposible de su ser y el histérico mostrando la impotencia del significante para alcanzar su ser. Evidentemente, la histeria tiene varios modos de hacerlo; puede callar, haciendo presente, a veces llorando, el misterio de su ser; vale decir, le pide al otro que hable en su lugar. Por el contrario, puede hablar abundantemente, con esmero y por amor, encantándose con las posibilidades del significante para mantener su insondable misterio; acentúa el deslizamiento significativo y le dice al otro: "¡búscame!"

Podemos hablar pues del falso trabajo de ambos, falso en el sentido de que trabajan —cuando trabajan— inútilmente, en lo referente a la revelación de su ser. Aquí es donde el psicoanalista puede no hacerse cómplice, lo cual supone provocar el punto de angustia que surge cuando la presencia del deseo del Otro hace inminente su determinación.

Traducción de Diana S. Rabinovich

31-174

<sup>2</sup> Jacques Lacan, "Reseñas de enseñanza", *La lógica del fantasma*, Hacia el Tercer Encuentro del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1984, pág. 45.